

Raúl Mendoza Mandujano

Gustavo Rómules.

I

Erroría por la habitación –territorio perene de sus itinerarios nocturnos-. Con una frazada de seda embozado descorrió la cortina y topó el misterioso paisaje. Los cristales de la ventana empañándose dejaron ser a la caterva de rocas iluminadas por el brillo lunar, escondrijos del crecimiento de la maleza que ocultaban la tierra frígida del jardín. Rápidamente la panorámica se esfumó, los vidrios ajados y el firmamento disfrazándose de nada ensombrecieron los ojos azules de Gustavo Bécquer, quien regresaba a su lecho. Meditó sobre las suposiciones que valían de intermediarias entre la naturaleza y su intelecto. Sospechó un desliz en las frases lingüísticas, ecos de voz controlados, antropomórficos e inciertos. Imaginó que el lenguaje articulado exteriorizaba la última brizna casi olvidada del edén y que la escritura era una memoria de cierta represalia divina que expulsó a la humanidad del paraíso. El turbión apretó. Brillos fulguerosos, producto de relámpagos, inundaron las tapias acuosas del cuartucho. Retratos de Molière y Descartes, acomodados en la pared, se tornaban visibles ante centellas de luz que los extraían de su realidad nocturna, el anonimato.

Despertó a las ocho. El agrietado techo goteaba y el frío se metía por debajo de las sábanas húmedas. Intentó recordar aquel sueño premonitorio – un adelantamiento–. Pero el dolor de espalda que arrastraba desde su

mocedad cambió el objeto de sus meditaciones. Al bajar las escaleras tentaría la puerta del refrigerador, la sintió delgada como una hoja de papel. Subió al dormitorio en busca de sus anteojos. De regreso tomó un vaso de la alacena y lo llenó de agua. Tragaría las pastillas que lanzó con cierta pericia rumbo a su boca –gozaban de una densidad atroz–.

Conocía la rutina de la mañana. Una sofocante entrevista resolvería su destino. La opinión de cuatro o cinco editores lo distanciaban de su miseria. Pedirían cuentas de Rafael Munguía, el joven escritor que tanto había apoyado y que se fugó la semana pasada con el millón de dólares de adelanto. Pretendió tranquilizarse. Frente al espejo del baño revisó cada arruga de su rostro antes de tomar una breve ducha que enrojecería las marcadas ojeras culpables de su talante mortecino. Abrigó el agua hirviendo en su cuerpo. El intenso calor en su piel le develó que no importaba el resultado de la junta. Cavilaba secuelas pueriles de quedarse sin empleo al mojar sus escasas grebas con un champo espumoso: pediría clases en alguna universidad desprestigiada, ganaría un escaso sueldo y reducidos considerablemente los ingresos –augurio de la inminente miseria– lo visitaría el suicidio... Demoró un poco en tallarse las axilas y enjabonarse el cuerpo. Tomó la rasuradora del aparador para moldear su barba desteñida con gran benevolencia.

De la alacena extrajo dos barras de cereal y agarró el único plátano del frutero. Visitaría al desayunador. Lo aguadaban sobre la mesa un plato vacío y el tarro de leche que acababa de abrir. Almorzaría despreocupadamente. El destino que ahora se tornaba insípido, fuera de su alcance, le permitió abandonar los pensamientos relativos a la salud. Mordisqueó el plátano y la barra de cereal. Atraparía con su mano una mosca que acechaba las boronas de

avena y trigo espolvoreadas sobre el mantel. Le arrancó la cabeza y devoró su cuerpo. Bebería café ficticio para disimular el sabor viscoso del insecto. Luego ojeó una revista del mes pasado y en voz alta leía:

Ulterior a revisar los grandes sistemas idealistas, materialistas y psicologistas, no estoy capacitado para responder dicha cuestión. Todas las mañanas fagocito irrealidad, aprecio la brisa matutina como si de un invasor se tratara. El frío boreal engarrotó mis brazos y los guardo bien metidos en el interior de mi abrigo. Al momento no puedo responder si la sensación es producto de un juicio racional que determina el significado del escozor en mis falanges, de una mala jugada de los sentidos o si la helada ventisca representa una impresión local de la memoria. He visto que las ideas son una fantasía provisional, se les dedicó mucho tiempo en el pasado. Más que un juicio de las sensaciones me interesa el Dios que se ríe de la planeación humana y de su fatídica confianza en la taxonomía para fabricar teorías. Analizar el cuerpo y al pensamiento, sin una figura divina, reduce los sentidos y la razón al grado de precursores de la verdad, siendo que esta pareja de fenómenos nace de los sueños, donde el tiempo se vuelve relativo y las figuras geométricas, irrelevantes.

Arrojó la revista por la ventana —el cuadernillo de hojas planearía sobre los edificios fronterizos antes de posarse sobre una cornisa—. Juntó trastos en el fregadero. Olvidaba cerrar con llave. Bajó por el elevador hasta pisar la calle. Testificaría nubarrones avanzando sobre el brillo solar que empezaba a retirarse de la cinta asfáltica.

II

Olvidó el trayecto desde su morada hasta las oficinas de la casa editorial. El tráfico en suspenso, apoderándose de cada recoveco de las avenidas, pasaba

desapercibido. Quedó borrado el cordial saludo del valet parking que tomó su vehículo afuera del estacionamiento. Le regresaría la memoria cuando frotaba, dando golpecitos, un pórtico insípido de madera. Del otro lado lo esperaron cabecillas y administrativos ganosos de hundirlo. En el pasado, Bécquer hirió sus sentimientos, llegaba la hora del ajuste de cuentas. Miradas de profunda severidad revisarían al que iba a comparecer. La puerta se abrió. Una brisa extraña, fruto del aire acondicionado, golpeó el rostro del visitante. Las mujeres ahí citadas escrutaron el traje marchito y la camisa desabotonada de su compañero. Facundo Rómules, auditor comisionado, que gobernaba las subjetividades presentes, lo invitó a sentarse:

-Estimado. ¿Conoce el motivo de la reunión? Nos extrañó la ausencia de su joven promesa y de la obra que tanto alardeaba. Huyó con el botín entero y olvidó, supongo, por descuido, entregarnos el borrador del pomposo texto que defendiste. Espero y ostentes el incierto tomo. ¡Muéstralo!

Gustavo Bécquer acomodó el portafolio vacío sobre la gigantesca mesa que traslucía las piernas fruncidas de la encargada de ventas -una cincuentona altiva- y los muslos constreñidos por medias oscuras de la principal accionista de la empresa, celebridad pragmática retratada en Forbes que rehuía de las apuestas económicas arriesgadas. Se tentó la muñeca para darse una idea de los latidos cardiacos -tuvo un infarto el invierno pasado-, se aflojó la inexistente corbata para tragar saliva:

-De eso no sé. En el ayer podría acusárseme de ateo-relativista. Ambos términos son muy inocentes para esclarecer la peripecia y el terror que sufrí hace unos días. Estoy seguro de que mis vivencias son intrasmisibles. Conocí a Rafael Munguía en la presentación de un libro de autoayuda, el de Andrea

Pastrao. Su vista nerviosa inspeccionaba los estantes del área de ciencias. Trataría de ignorar la voz engreída de la autora que retumbó por todo el local...

Rómules lo interrumpió:

- ¡Tenemos escasos minutos! Atente, si las hay, a exponer las razones de la fuga de tu protegido.

-De sostener mi defensa bajo la sombra de los últimos acontecimientos esta breve tertulia carecería de sentido. El resultado ya lo sabríamos: despedir al empleado que se fio de un remedo de literato. Permítanse el cambio del rumbo de los acontecimientos. Les mostraré cómo Munguía logró evitar la perorata de Andrea: Ella de pie, aferrándose al lomo su última obra, garantizó que la vida se resumía en cinco pasos: acompañamiento, confianza, perseverancia, fe y leyes universales. Apasionada, se adentró repitiendo entre la masa de admiradores suyos las cinco ideas fundamentales de la trascendencia. De repente vi caer a Rafael. Lanzó un grito tan atroz que rompió la manía de la autora. Corrí a pesar de mi escasa salud en su auxilio. Munguía tiritaba de frío. A su vera estaban diseminadas un puñado de hojas escritas con letra inentendible. La celebración terminó. Nos vimos envueltos por curiosos. El desmayado pareció mejorarse. Los ojos enrojecidos y sus dedos hinchados tardaron en volver a la normalidad. Una voz hueca exhaló desde su pecho: <<Gracias>>.

Rosana Cisneros, la secretaria ejecutiva de la editorial, posó las manos en su cara. Negó con la cabeza y sus manchas oculares dirigiéndose al piso vaticinaron una tosca intromisión:

- ¿En verdad piensas que nos interesan tus andanzas? ¡Dónde quedó el dinero!

Bécquer minimizó el comentario. Rápidamente lo tachó de superficial dada la importancia de su historia y exigió un vaso de agua para ingerir las

grageas que le había recetado el facultativo que lo regresó de la muerte. Recordaría, antes de continuar su defensa, las insistentes palabras que el galeno dijo: <<Usted no puede darse el lujo de la impronta de estados anímicos voluminosos. La excesiva calma o el súbito temor podrían llevarlo a la tumba>>. Almanza, el lacayo de Rómules, trotaba hacia el umbral de la puerta, giró la perilla y solicitó a un desconocido que no pudo verse, agua o café. Segundos después, una mujer engalanada a la vieja usanza golpeaba con su reboso los pómulos convexos de Gustavo y asentó en el tablero la botella de agua solicitada. Bécquer agradecía las molestias:<< ¡Muy amable!>> y continuó su encomio:

-Lo acomodamos en una silla, al lado del estante de Novela Histórica. Rogó que le dijera mi ocupación: <<Buscador de nuevos escritores>>. Sin recato me extendió las hojas que durante el síncope rociaron al piso. Las observaría detalladamente. Eran de una escritura hosca, primitiva. Locuciones como: *El sujeto padece apoplejía fortuita, ¿Facultad de evadir los instantes? ¿Agorafobia?* se repetían acompañadas de necios tropos. Pensé que me enfrentaba a un demente. Le inquirí sobre el origen de los manuscritos. Trató de acomodar su cabellera azafranada. Clavaría sus ojos relampagueantes en el vacío y añadió: << ¡Robados! ¡Son personalidad! Los tomé del gabinete de mi psiquiatra >>. Fingí no escuchar. Pregunté si deseaba que llamásemos a alguien. Él se negó con un monólogo: << Soy escritor, no idiota. Padezco... Si alguna vez nos convertimos en amigos, usted dominaría la “enfermedad” que ocasiona pausas temporales. Estoy interesado en mostrarle un proyecto, o, mejor dicho, el desarrollo de cierta novela. Tengo guardado el borrador. Hace años que lo reviso quisquillosamente. ¿Usted busca propuestas actuales de la

narrativa? Si concerta una entrevista, le detallaré mi adelanto ya pretérito con los arcanos de la tinta y la pluma >>. Intenté despedirlo cuidadosamente, sin herirlo. Le pedí su teléfono y dirección asegurándole que yo lo buscaría. Antes que terminase de hablar, el pobre cayó tendido, estirado y rígido como un muerto. El griterío volvió...

La junta evaluadora ha puesto atención en Bécquer. Su expresión física gibosa, despierta, tras rasgos faciales contraídos y serpenteos nerviosos de manos torcidas por la artritis, un sentimiento compartido de piedad. Los directivos ven en el antiguo buscador de talentos el signo de un hombre desesperado, famélico, que necesita del empleo para sufragar un achaque gravoso. Rómules se talla el mentón y Nun –acabada de llegar- pestañea compulsivamente. En él vislumbran la nostalgia del olor a papel recién desempacado que hace tiempo circulaba por cada intersticio de la editorial. Fue un descubrimiento suyo el que aumentó sus ganancias. Cuando la debacle monetaria era un discurso apocalíptico que todos atendían, Bécquer, jovenzuelo de treinta y tantos, sin ninguna experiencia, apostó por un poeta incipiente: Andrés Cisneros, quien ulterior a la publicación de su primer libro, se convertiría en uno de los autores mejor vendidos. Hoy las cosas son diferentes. El dinero que fluyó a raudales en las arcas de la empresa se limita a la habilidad de los editores para rematar grandes tirajes pasados. Nun y los otros saben que las finanzas maltratadas de la compañía incentivaron el plan arriesgado de financiar la obra de un literato desconocido.

Bécquer sintió un dolor agudo en el brazo izquierdo, pronóstico del segundo infarto. Pensaba: << ¿Llegará la ambulancia a tiempo y me trasladarán al primer hospital disponible? >>. La falta de oxígeno divulgó espasmos en su

respiración que inquietaron a los presentes. Buscaría entre su ropa un pastillero –en la bolsa izquierda del pantalón–. Sus dedos fallidos tomaron una cápsula amarilla que intentó colocar bajo su lengua, pero la quijada tiesa, solidificándose, impidió que la boca se abriese totalmente. Regurgitaría palabras extendidas, corolarios de su disertación:

-Meee disculparán, pero en realidad miii aportación a la cultura esss [silencio prologando] haber-descubrir laaa obra de Mungggguía. Permíítame conclusión... histttoriaaaa. La segunda vezzz que seee desppplomó no suppe qué haceeer. Volvió en sííí. La asistentaaa que frieeega el passssillo de los esttttaantes de cocina leee arrooojó una cubeta deee agua reeevuelta con blanqueadooor. Intuuuú, la gereeeencia deseeeeaba echarlo. Lesss acarreeearía mala reputtaciónnn en eeel cassso de que murieeese aaahí. Dossss guuardias regorrrdetes y bigotttones de cabeeellera argenttta loo encaminaaaron aaa salllida. Alcaaancé la commmitiva [silencio intermitente]. Vvvigilantes sudooorosos golpeabannn los cachetttes del engarrrrrotado paraaa que volvvviese en sííí y caminaaara errrguido. Sssupliqué me permitiesennn haceerme carrrgo del estuuulto. Balbuceaaaron uuuna respueesta ineeefable y lo acomodddarían hosssscamente soobre misss hombros Looo subí... vvvehículo. Exxxigí relataaara el moootivo de suuu enfermedad. Rafaelllll diijjo: <<Testiguo la manera de soslayar los recovecos del tiempo, podría saltar las vivencias donde carecen de fluidez y se vuelven habituales. En el pasado seguí filosofía... doctrinas totalitarias. Me esforcé por años y no obtuve respuesta a lo que buscaba. Jamás he soportado actividades burdas como tener que levantarme a determinada hora para llegar al trabajo y escuchar órdenes insignificantes de mis jefes>>.

Gustavo se apretaba el pecho con ambas manos. De su garganta brotó un chasquido. Quedaría inmóvil al desplomarse encima de la mesa. Borbotones de sangre cuajada, lanzados por su boca, mancharon los papeles que sus acompañantes habían emplazado frente a ellos para tomar nota de los pormenores de la reunión. Gritos de auxilios mezclados con imprecaciones sibilinas retumbaron en la sala. Unos a otros se inculpaban del estado de aquel hombre. La voz jovial de Nun demandaba explicaciones: << ¿Exponerlo así?>>. Rómules, al tiempo que pedía una ambulancia por el interfono, respondió: << ¡Lo hubiéramos despachado y punto! >>. Ninguno de los testigos se atrevió a mover el pesado torso que descansaba entre bolígrafos puntiagudos y envoltorios de galletas recién abiertos.

Los trabajadores de la empresa se apiñaron en el pasillo limítrofe. La noticia se esparció con una velocidad pavorosa. La mecanógrafa llamó al intendente y el encargado de limpieza al celador. Así empezó la convocatoria masiva de bocazas que impedían el acceso a los paramédicos. Una lucha desesperada inició. Hombres de blanco empujaban a la masa de fisgones apiñonada en la puerta –golpeándola con el botiquín primeros auxilios–. La pugna duraría escasos minutos. Se abrió un espacio y consiguieron llegar al paciente. Los esfuerzos de reanimación se apagarían. El resultado fue irrevocable. Quitaban la mascarilla de oxígeno de la cara de Bécquer. Extrajeron de su mano la aguja del suero recién conectado. Sollozos extendiéndose por oídos indiscretos de mirones hicieron olvidar al cadáver enteco, tan flácido que el rigor mortis aplazó su llegada.

III

Los directivos inmediatamente huirían al cubículo de Rómules. Buscaban ocultar un evento fuera de toda lógica. Se instalaron velozmente en la oficina de este personaje supersticioso y altivo, de origen humilde, que logró posicionarse en las altas esferas de la medicina, gracias a la militancia de su padre en el grupo que ocupó la silla presidencial durante los 90. Josefina Santos fue la última que llegó. Atracaría la puerta con sumo cuidado, era una psiquiatra infantil encargada de la administración del nosocomio. Tomó el decir inmediatamente:

-Gustavo perdió el juicio. Recuerdo que en varias ocasiones nos relataba el mismo alegato que graznó antes de morir. ¡Acá la evidencia! —extrajo un cartapacio de su bolso—. Pronunciaré brevemente el corolario del informe que suscribió con respecto de los medicamentos y cheques entregados:

Visité a Rafa Munguía, gran filósofo de alcantarilla según la crítica erudita. Jamás he creído en etiquetas filosóficas, prefiero leer a los verdaderos autores y develar bajo mi experiencia lo que trataron de profundizar. Mis investigaciones relativas al tiempo me condujeron a él. De buena gana lo evité. Su excesiva arrogancia, basada en el conocimiento del idealismo alemán, resultó intolerable.

Cada que ve perdidas las discusiones que él mismo avivó, termina vociferando el significado genealógico de un cúmulo de etimologías germánicas que ahogan y desesperan a su opositor. Les rogué a mis superiores que mandaran a otro. La respuesta fue negativa...

Me llevan entre calles revueltas. ¿Hace cuánto no ruedan llantas encima de este pavimento agrietado? ¿Por qué vive acá? ¡Maldita ciudadela! ¡Rampa inmunda! Las antiguas colonias se han transformado en peñascos de concreto

invadidos por maleza. ¡Laberinto insoportable! El calor golpea a plomo la carne. No hay viento. La existencia se torna aquí eterna. Llevo el día completo girando alrededor de estos edificios raídos, sembrados en un territorio árido donde no es posible... moverse.

Seguí los números en búsqueda de la oculta dirección. Pensar en el regreso me origina punzadas en las costillas. Dormiré al aire libre si no encuentro el 24 de la calle Manzal. Espero que un milagro dibuje senderos capaces de alcanzar mi destino.

El conciliábulo entendió que no era el momento de reprochar las obsesiones del extinto. Un goteo incesante de lluvia machacando el ventanal narcotizó a los miembros de la administración. Olvidaron por un momento realizar el escrito, donde se especificarían las extravagancias del occiso y las reservas que tomaba el hospital al respecto. Buscaban evitar recortes presupuestales del gobierno, críticas de otros centros psiquiátricos y visitas de auditores corruptos. En silencio imaginaban el objetivo de la directiva: sortear el ominoso caso del médico de prestigiada experiencia que se volvió loco al tratar un paciente. Culparían a Bécquer, estudioso de la psicobiología, investigador emérito, el primero en suplir la terapia psicotrópica por antivirales —al descubrir que en el mundo natural no había evidencia de trastornos psicológicos y que las enfermedades mentales eran ocasionadas por adenovirus—. Reconstruirían con discernimientos entreverados los síntomas arcaicos de un problema masivo, iniciado el día en que el ahora extinto cambió su trabajo por el interés hacia la escritura, para volcarse a los estudios de letras que en su mocedad abandonó, debido a un enfrentamiento con los profesores de la Facultad. En sus mentes asediadas por el miedo rezumbaron planes de

venganza hacia Bécquer y Munguía: encerrados en un consultorio del piso tres, imaginaron una novela ya escrita, bien conocida por el mundo de las letras. Cinco veces les entregó la misma carta, donde respaldaba la importancia de que este nuevo literato desprestigiase y probara el estado obsoleto de las academias de literatura. Ellos ante tal jerigonza ocultaron dichas actividades. El mundo supo que Bécquer realizaba una investigación de suma importancia en torno a un nuevo antiviral idóneo capaz de revertir los trastornos paranoides...

Había parado de llover. El minúsculo cubículo de Rómules que les sirvió de escondrijo hizo aparecer un librero que ocupaba las paredes de la estancia, hileras de documentos muy bien acomodados sobre cada uno de los estantes y a los funcionarios públicos que hiperventilaban. Gritos estridentes regurgitados de la garganta maciza de Cisneros, una viejecilla arrugada, robusta, enfermera de profesión, de frente estrecha y pómulos saltarines, adormecieron la cadena sincronizada de reflexiones:

- ¡Interrogarán! ¡Le permitieron ese juego a un insensato! Nuestros mecenas tienen escasa paciencia. ¡Los archivos que abarquen el pasado del doctor irán a la trituradora! Diremos que las manías del extinto surgieron hace unos días y que la pasada reunión, donde falleció, era para liquidarlo. Olviden mencionar a ese personaje fantástico, el tal Munguía. No podemos develar las investigaciones que le mostró al doctor Bécquer, en donde los antivirales usados para tratar ataques de pánico eran catalogados como una farsa creada por las farmacéuticas y sufragada por el estado gracias al apoyo unánime de la psiquiatría.

Rómules observaría de reojo la pantalla del ordenador. Mientras esperaba a que fulgurase en la página electrónica del noticiero la muerte de su

colega, puso escaso interés en las palabras de la viejecilla rijosa. Él conocía a la opinión pública, capaz de roer los cimientos de cualquier institución y enfilarse a sus miembros rumbo al exilio de la pobreza. No se alargó la espera. Un suspiro de Rómules provocó que se le crisparan los cabellos bermejos a la enfermera alborotadora. Éste cruzó las manos y apretó sus dedos torcidos que reverberaron nerviosismo. Los presentes guardarían silencio. Habló:

- Muere famoso investigador en condiciones sospechosas.

Josefina Santos, la jefa del hospital, señora estulta, de pelo manchado de blanco, frunció el ceño. Abriría la única ventana del cubículo y dejó entrar la corriente vespertina. El olor a smog y un rechinado de llantas quemadas de algún automóvil, cuyo operador intentó frenarse cuando la luz amarilla del semáforo de la esquina parpadeaba, desbarataron el estoicismo de los médicos. Rómules aspiró profusamente la polución y expresó la necesidad de redactar un desmentido:

-Escribiré la carta dirigida al periódico. Seguramente la publicarán. Tenemos amigos influyentes. El secretario de salud nos apoyaría. Detallaremos la verdad del caso. El escrito subrayará el peligro que corren los profesionales de la salud mental al toparse con los estados frenéticos de la psique humana. La misiva dibujará a un Bécquer enfermizo, agobiado por el trabajo, presa de una enfermedad cardíaca que nos ocultó. Aceptaremos una equivocación: haberle facilitado el caso de un paciente liso, usufructuario de una inteligencia privilegiada, que supo asaltar la mente de nuestro colega y encaminarlo a la demencia. Diremos que el maquiavélico paciente activó los fracasos de la juventud del experimentado psiquiatra, al que volvió su discípulo, orillándolo

durante las últimas semanas a frecuentar suburbios deshabitados en búsqueda de un joven y talentoso escritor.

Los demás admitieron la propuesta. Sonrisas fingidas contradecían sus rostros severos e insinuaban el deseo común de cerrar el caso. Regresarían a sus prácticas cotidianas: tratar neuróticos con medicamentos fabricados por prestigiosos laboratorios. Ninguno intuyó que el extinto Gustavo Bécquer, sabedor de la codicia de sus colegas, dispuso la entrega de un manuscrito a cierta editorial.

Estaban por marcharse para dejarle al tiempo la solución natural del caso. Rómules los detuvo. Alzó la mirada y les indicó que había surgido un obituario. Era el posicionamiento de una reconocida casa editorial sobre la muerte del sonado psiquiatra:

Olivanta lamenta el sensible fallecimiento del Dr. Gustavo Bécquer Munguía. Uniéndonos a las condolencias que embargan a los suyos, solicitamos el resarcimiento y la aclaración de los escenarios de su partida. Las autoridades deberían tomar el asunto como prioritario. El citado extinto no sólo fue una eminencia en el campo de la psiquiatría, sino un reconocido autor, primo de Rafael Munguía, célebre poeta. Las aportaciones del finado para reescribir la psiquiatría desde la literatura serán publicadas brevemente.

La comitiva inspeccionaría esa minuta. ¿Acaso la locura había ocupado los tabloides? ¿Cómo era posible que una famosa editorial se prestara a semejante desatino? Rómules al tallarse la barbilla pareció recordar algo. Mordisqueaba convulsamente su dedo índice. Les indicó que hicieran espacio. Eran tantos los cuerpos apretujados en un lugar reducido que el ordenador se

balanceaba si alguno movía una extremidad. Cisneros rechinaba los molares.

Berreó:

- ¡Desenfunden la chequera! ¡Sobornen a todos!

A Rómules se le pusieron los ojos blancos. Transpiraba de pies a cabeza. Profirió un sonido estertóreo y su dermis apiñonada quedaría blanca. Cisneros dudo en acercarse. Pero el horror en la expresión atónita de sus compañeros le instó a revisar las pupilas del colega desgraciado que babeaba como un perro rabioso —sin moverse—. Estaban por solicitar la ambulancia cuando Rómules tuvo una convulsión, pateó el escritorio lanzándolo hacia sus colegas. Abatido en el piso, tieso como una estatua, dejó de respirar. Aleida Nun, interna, quien terminaba ese año la especialidad de psiquiatra, caminó hacia él, para revisar los signos vitales. El vientre firme de Nun se distendía y luego se contraía. Le daba respiración de boca a boca. Demandó un estetoscopio para estar segura. Recibió el aparato solicitado. La sentencia fue inevitable: <<está...>>. Al escuchar tan fatídico desenlace Rómules despertó espetando una disertación contradictoria:

Los vecinos a hurtadillas irrumpían. Discretamente, ocultándose tras las sombras de la noche, se abrieron paso entre los tendederos y las varillas clavadas en la azotea. Gota a gota devoraban el suministro de agua. Por la mañana tenía que disimular mi suciedad con perfumes onerosos. La obcecación duró poco, un infame bandido cometió el error que tanto saboreé. De madrugada, a hurtadillas, sorteó la mayoría de los obstáculos instalados. Postrándose junto al tinaco, miró a su alrededor, había esquivado las formidables trampas para roedores que acomodé antes de irme a dormir. El pánico hizo mella en él. La vasija metálica que llevaba se liberó del brazo

tembloroso que soltó el asa y rodó activando el mecanismo de las trampas. Desperté enfurecido. Trepé las escaleras como una inmundia bestia acechadora. Observé al villano que chirriaba de frío. La mitad de su cuerpo embutido en el tanque del agua no le bastó para desdibujar la burlona sonrisa que hizo brillar sus dientes. ¡Era insoportable! Tomé un ladrillo mal pegado en el muro y le asesté un golpe directo a su cabeza. Con la mirada fija en el vacío salió del tinaco. Su cuerpo se hizo añicos al encontrar el piso. Destruída la evidencia del crimen volví a la cama y reposé mi onírica diablura.

Nun ató el estetoscopio a su cuello terso, delicado. Postraría sus dedos largos sobre la rodilla, desbarató la genuflexión en la que estaba y se fue. Rómules agitó la cabeza, tosería un poco, arremangó su camisa y utilizó de soporte el margen de una gaveta para alzarse. Entonces tuvo una reminiscencia: <<Ganaré buen dinero con la investigación>>. Arrebató su abrigo de la butaca y de reojo vio que la notica mal sobrecoigida por los consultores del hospital desaparecía de los titulares en pos de la apremiante escalada del dólar. Palideció y un vértigo insoportable lo llevaría de bruces a tierra. Sus manos engarrotadas y el pensamiento tornándose lento, hicieron que forzase su razón a un cambio de perspectiva. Olvidaba la decadencia del peso y las repercusiones económicas. Se concentró en el déjà vu que había tenido e inmediatamente el malestar se detuvo. Corroborada la sospecha exigió ayuda de Santos –quien lo miraba horrorizada– para caminar. Macilento, limpió su abrigo atestado por las hebras de la alfombra.

Despreciaba los ruegos insistentes de sus colegas para que se realizase un electroencefalograma –vislumbraban una enfermedad contagiosa proveniente de Bécquer–. Rómules atribuyó el repentino vahído al cansancio y

pidió retirarse. Decidió alquilar un taxi. Lo solicitaron en la recepción. El conserje, hombre fornido de bigote aventajado y de cabellera gris, dedicado a limpiar la inmundicia de los pacientes, le serviría, de mala gana, de bastón. Rómules era el causante de repentinos vómitos y crisis nerviosas en la antesala del nosocomio que lo obligaron a trabajar horas extra. Lo acomodó encima de una banca mojada metálica ubicada en la zona del aparcamiento. La humedad salpicó el pantalón y los calcetines del médico. Éste omitió la incuria. Abriría el portafolio que llevaba consigo, tiró papeletas y formularios. Una idea acababa de sembrársele: Los ciclos normales del tiempo podrían ser ocasionados por un virus que engañaba a la mente. El trayecto del hogar al empleo y las súplicas de jefes alarmados por la crisis económica eran molestias ficticias que se curaban con el eterno presente de la salud mental.

Olvidó que estuvo sentado en una banca mojada. Desaparecería la incomodidad de asientos enguantados con una tela granate de la parte trasera del vehículo. El tráfico de las siete que sorteó el conductor para abandonar la ciudad fue solo un suspiro. Adentrarse en suburbios con direcciones imposibles de ubicar, que albergaban inexistentes editoriales, pareció el viaje de regreso a la infancia.

Rígido sobre un páramo asfáltico, miraría edificios carcomidos, habitados por la herrumbre. Escudriñaba un número que encontró en la bolsa de sus pantalones –entre rugosidades de un papelito–. Corroboró la dirección. Remangaría la bocamanga de su abrigo y tentó el reloj de correas doradas ligado a su brazo, herencia de su padre –la última vez que supo del tiempo fue cuando esperaba la nota periodística en torno a Bécquer–. El aparato marcaba las cinco y treinta. << ¿Qué había pasado durante las últimas horas?>> se

preguntaba. Revisó también su cartera y la encontró vacía. << ¿Y el dinero? >> dijo. Los ojos le ardían. Ponderó su condición: << ¿Estoy en el barrio abandonado de la ciudad? ¿Quién me trajo aquí?>>. Intuyó que le tomaría unos veinte minutos llegar a la carretera Federal 11, arteria que vinculaba los suburbios con el centro. Lleno de curiosidad buscaría el edificio que albergaba al ilustre personaje. Caminó dos o tres manzanas hasta toparse con el número en la calle Manzanal. Rechinó los dientes e intentó otear el fondo del vestíbulo de una casucha maltrecha, de tres pisos. El número podrido, acomodado arriba de la cancela, rechinando cada que una ventisca arenosa lo movía, le indicó al visitante su destino.

Golpeó la reja. El chirrido hizo que se mordiese los labios. ¿Cómo pudo seguir una pista tan arbitraria, heredada por un loco? A su mente llegaron citas que le concernía atender esa tarde: un proceso de divorcio, cincuentona, amante de los niños, traumada por no haber engendrado varón, padecía cierto vértigo temerario que la llevaba al suelo a todas horas y el caso de Andrés Rodríguez, joven homosexual, violado multitudinariamente por sus compañeros de colegio. Todos ellos esperaban tratamiento farmacológico. Era su deber ayudarles y la fantasía que le sembró Bécquer en su cerebro descuidó las obligaciones del trabajo...

Una mano desconocida cortó el ensimismamiento de Rómules. Los dedos tiesos en su hombro provocaron que su pecho retumbara como tambor. Giró con rapidez. Le había dado la espalda al inmueble durante sus elucubraciones. El cancel abierto y dos ojos azules brillantes, hundiéndose en la penumbra, apagaban todavía más la oscuridad del recinto. Una voz hueca gesticuló: -A sus órdenes.

Rómules extendió la mano para saludar. Sus Dedos torcidos se enfriaron antes que la voz devolviera cortesías:

-No acostumbro a familiarizarme con los invasores. ¿Es usted tal?

-Gustavo murió. Sé... Vine a...

El hombre de escaso tamaño, piernas cortas y mirada oblicua, de cabeza forrada por un abundante pelo azabache, ataviado con un overol de mezclilla, encendió la luz de una cámara profunda. Facundo entró. Reinaba el desorden. Las telarañas habían unido los escasos muebles que ahí pernoctaban. El comedor y las sillas de metal tapizadas de polvo semejaron un mismo objeto – cada uno hermanado con otro por una tenue red donde los mosquitos que sobrevolaban las cabezas del invitado o anfitrión quedarían atrapados—. Había un montón de trastos depositados en el fregadero. Sobre la llave tejía una viuda negra bajo el cobijo de un horno de microondas sin puerta.

El desconocido era Munguía. Estaba recargado en la pared enmohecida. Invitaría al visitante a sentarse en el piso:

- ¡Abandone esosss pensamientos! Haránnn que se desmaye. Evadirrr el mundo tiene sus riesgggos. No he conocido a hombre que resista más de diezzz elusiones de laaa clepsidra...

- ¿Es...? Repicó Facundo anonadado, mientras sentía el engarrotamiento de su cuerpo.

- Hablaré en tercera persona desde hoy. El erudito vive aquí, junto a la escritura psicotrópica donde los bríos no se gastan virando la llave del fregadero. Bécquer dormita sobre la escucha. Su interlocutor es un antiviral.

Rómules entorpecería la conferencia del insólito ser. Movi6 sus labios arenosos que intentaban hablar. Sonidos estert6reos emanaron de su garganta seca, incoherente. El hombrecillo, lleno de rabia, intervino:

- ¡Heee dicho que abandoneee los pensamientos! Se desmmmayará otra vez y le quedarán pooocas oportunidades de vivir. ¿No looo entiende? ¡El que falleció en la mañññana, vesss!

IV

Rómules mete la llave en el cerrojo. Abrirá la puerta. Viste un chaleco gris y pantalones negros. Las canas empiezan a transformar el color de su bien poblada cabellera y sus ojos se tornan pequeños debido a la miopía. Sabe la razón de estar ahí: su amigo Bécquer murió esta mañana, quedó tieso. En sus piernas encontraron la última obra de Munguía y sobre el rostro pálido del finado quedó esbozada una sonrisa burlona, llena de placer.

- ¿Qué tal el viaje? ¿Estás cansado? – le pregunta una silueta femenina bien entrada en los cuarenta.

Facundo no la conoce. ¿Puede ser una invasora? Desenvaina el teléfono móvil de su chaqueta e intenta marcar a la policía. Ella interviene. Tomándole suavemente del brazo lo invita a sentarse. Indira piensa que tuvo dificultades en el trabajo, quizá uno de sus pacientes le entreveró las ideas. Él agita la cabeza, busca en su memoria al rostro femenino, abochornado, que lo observa. La desconocida intenta acariciarlo. Obtiene una bofetada como respuesta. Se golpea la nariz en el piso y brota de las fosas un chorro de sangre que mancha las arrugas de su barbilla. Pasmada busca la ubicación del enloquecido cónyuge. Rómules agazapado al respaldo de una silla la escruta. ¿Quién es el sujeto que la golpeó e intenta llamar a los gendarmes? Fustiga con ambas

manos la puerta del zaguán y trota por el jardín de la residencia. El calor es abrazador. Jadeante, berrea, pide ayuda. Los transeúntes se han marchado. Son las doce de la noche. Luces de una que otra finca se encienden. Indira corre por céspedes recién humedecidos de casas aledañas. Presiente la zancada agresiva de un hombre tras de sí. Rómules al tomarla del talle la arroja al piso:

- ¿Qué negocio tienes acá?

- ¡Soy tu esposa, majadero! – Replica asombrada antes de sentir el peso de un mocasín en la boca del estómago y el filo de un cuchillo rasgándole la piel del hombro. Facundo, encrespado, la invita a que explique su identidad o le ofrece la muerte en caso de negarse.

Una multitud de personas aglomerándose afuera de las casas, emperifolladas con pijamas arrugadas y con el pelo revuelto, dudan en acercarse a los rijosos. Esperan la llegada de fuerzas del orden. Mientras tanto, gozarán el espectáculo que les dará sentido, por un tiempo, a sus vidas monótonas. Hablarán al día siguiente de lo sucedido y sus interlocutores los mirarán asombrados, reconociéndoles la suerte de haber presenciado una brecha en el tiempo.

Rómules hunde un poco la hoja afilada en una piel cobriza de su extraña. Asestará el golpe mortal en instantes. La víctima sospecha del estulto que alguna vez fue suyo. Lo nota diferente. Tiene mirada perdida y una enjutez imposible. El esposo que marchó al trabajo por la mañana, a eso de las nueve, optimista como siempre, entrecano y de minúsculas arrugas en el rostro, desapareció. La hosquedad de sus facciones y la ropa gastada le sugieren que alguien suplantó la identidad del afamado coordinador del centro psiquiátrico de la ciudad. Exasperada, intenta saber más del ignoto:

- ¿Sabe dónde vive? ¿Y mi esposo? ¿Es usted paciente del hospital?

Espuma gotea por la boca de Rómules. Los pómulos saltones se elevan debido a una brutal carcajada:

- ¡Embustera! ¿Qué hiciste? Deberías... ¿Me casé con alguien parecido a ti? Te pusiste enferma. ¡Lo vi todo! ¡Usurpadora de muertes! ¿Estoy soñando? Munguía siempre tuvo razón...

Chillidos de ella interrumpieron al desequilibrado. Indira apretó con la mano derecha el filo del cuchillo y trató de aferrarse, un poco, a su exánime vida. Un torrente de sangre chorreo por la hoja brillante del arma:

-A las ocho recogiste el periódico. Lo dejó tirado en nuestro jardín el mozo que reparte las gacetas. Es un buen muchacho, olvidadizo, pero afable. Leíste el recorte presupuestal que sufrirían los hospitales y el buen humor te invadió. Desayunamos pan francés con mermelada y un vaso de leche.

Rómules se puso tieso como un bloque de granito. Gesticularía palabras inaudibles. Brazos y piernas le fallaron. La espalda entumeciéndose le impidió girar el cuello para observar a los que gritaban: << ¡Bécquer tiró el cuchillo, señora, corra! >>. Desmoronado en el piso temblaba. Sus ojos inmutables, sin brillo, quedaron fijos en imágenes borrosas de la desconocida, quien escondería el cuchillo debajo del blusón y acicalaría al loco hasta su muerte...

Esta obra está bajo una licencia CC

